

## EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

### Segunda charla

#### LA HUMILDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Hacemos ahora nuestra segunda meditación, y vamos a detenernos en otra de las virtudes que brillan especialísimamente en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

Una de las virtudes que Él nos recomendó en muchos lugares del Santo Evangelio, y una de las virtudes en las que Él mismo se colocó como modelo, y lo dijo con palabras: *Yo tengo esta virtud.*

Para eso vamos a introducirnos nuevamente en el Santo Evangelio. Vamos a seguir el mismo texto que presenté en la meditación anterior, solamente que ahora, en el mismo capítulo 11 de san Mateo, versículo 28.

Dice así:

*Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré.*

Ahí estaba el tema de la confianza: «*Venid a mí*».

*Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera.*

«*Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón*». Aquí está el gran tema de la meditación que nos ocupa: **la humildad de nuestro Señor Jesucristo**, que tiene que reflejarse en nosotros. Tenemos que ser para los demás Cristo. Y Cristo era humilde. La humildad, entonces, tiene que ser uno de nuestros distintivos. Imitar al Corazón de Jesús es, necesariamente hacerse humilde, practicar y vivir esta virtud.

#### Definición de la humildad

Para explicar un poco en qué consiste esta virtud, lo que es y demás, voy a seguir al padre Antonio Royo Marín (2020), en esa obra monumental: *La teología de la perfección cristiana*<sup>1</sup>.

En este libro, cuando él habla de la humildad, primero va a definir la naturaleza de la humildad.

El padre dice:

La humildad es una virtud derivada de la templanza, que nos inclina a cohibir el desordenado apetito de la propia excelencia, dándonos el justo conocimiento de nuestra pequeñez y miseria, principalmente con relación a Dios.

---

<sup>1</sup> ROYO MARÍN, A. (2020). *Teología de la perfección cristiana*. Biblioteca de Autores Cristianos. ISBN 978-84-7914-128-8.

Es una virtud, es decir, es algo que se obtiene mediante el esfuerzo, mediante el trabajo. Deriva de otra virtud, que es la virtud de la **templanza**.

«nos lleva a cohibir (a refrenar) el desordenado apetito de la propia excelencia»: es decir, construirme y sobre elevarme fuera de lo que realmente soy.

«dándonos el justo (recto, real) conocimiento de nuestra pequeñez»: porque somos criaturas, somos tan chicos en relación con Dios.

«principalmente, con relación a Dios», va a decir el padre. Esa es la definición que él da de esta virtud, que es la humildad.

### **Importancia de la Humildad**

Y el mismo Padre va a hablar de la excelencia e importancia también de esta virtud, y va a decir:

La humildad no es ciertamente la mayor de todas las virtudes. Sobre ella están las teologales, las intelectuales y la justicia, principalmente la legal. Pero, en cierto sentido, es ella la virtud fundamental, como fundamento negativo de todo el edificio sobrenatural.

Es ella, en efecto, la que remueve los obstáculos para recibir el influjo de la gracia, que sería imposible sin ella, ya que la Sagrada Escritura nos dice expresamente que Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes.

En este sentido la humildad y la fe son las dos virtudes fundamentales, en cuanto que constituyen como los cimientos de todo el edificio sobrenatural, que se levanta sobre la humildad como fundamento negativo, removiendo los obstáculos, y sobre la fe como fundamento positivo, estableciendo el primer contacto con Dios.

Entonces, vamos a ser claros y directos, siguiendo la explicación del padre.

Si queremos realmente tener vida espiritual —y vida espiritual quiere decir intimidad con Dios— necesitamos (esa es la palabra) **humildad**, porque ella remueve los obstáculos para ese edificio espiritual que necesitamos construir.

Su importancia, por lo que acabamos de decir, se comprende muy bien: sin la humildad no se puede dar un paso en la vida espiritual. Dios es la suma verdad, y no puede tolerar que nadie se coloque voluntariamente fuera de ella, de la verdad.

Y como para andar en verdad es absolutamente necesario ser humilde, se explica perfectamente que Dios resista a los soberbios y solo quiera dar su gracia a los humildes.

Son palabras muy fuertes, y eso ya tiene que llenar toda nuestra meditación y hasta, de alguna manera, producir un cierto temor: ¿Cómo estoy en cuanto a la humildad?

Cuanto más alto sea el edificio de la vida espiritual que queramos levantar con la gracia de Dios “más hondos tienen que ser los fundamentos de la humildad sobre los que debe levantarse”, va acabar diciendo el padre, hablando de la importancia de esta virtud.

### **La humildad en la vida espiritual**

Entonces, ¿cuál es tu objetivo? ¿Quieres seguir a Dios?: necesitas humildad.

¿Querés ser una persona virtuosa? Necesitás de **mucha** humildad.

¿Querés ser un santo? Deberás ser extremadamente humilde. Es un trabajo necesario.

Y cuando hablamos de ese trabajo, estamos hablando de un trabajo que abarca también toda nuestra vida, porque la humildad manifiesta lo que somos y la humildad se manifiesta en lo que hacemos.

Así, por ejemplo, una persona puede tener una muy buena intención —vamos a suponer— de propagar la devoción al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, o al Inmaculado Corazón de María, y en ese lindo propósito hace obras. Pero, si no es humilde, entonces ese propósito se va a ver frustrado, saboteado por su propio modo natural, porque la humildad es una virtud; se hace algo connatural al ser humano. Así también la soberbia, que es lo contrario, se hace connatural. Entonces, su modo va a ser soberbio y, como es soberbio, no es un reflejo de Cristo.

Y si quiere ser apóstol de Cristo, por ejemplo, hablando de Él, va a manifestar a otro, porque es soberbio. Para que Cristo sea manifestado plenamente, la persona no solamente necesita de palabras: necesita de verdadera humildad. Y ese es el modo de manifestar al Cristo total en estas cosas.

### **El anonadamiento de Cristo**

El padre Mateo Crawley<sup>2</sup> (1952) —a quien ya cité en la meditación anterior— otra vez en su libro *Jesús, Rey de Amor*, ahora nos va a hablar de la virtud de la humildad.

Él va a decir:

La vida natural, tal como se la vive, brotada del barro y que debe volver al polvo, es tan poca cosa que no vale en realidad la pena vivirla.

Es muy fuerte lo que está diciendo.

Un apóstol, sobre todo, no puede contentarse con tan poca cosa. Su verdadero ideal es vivir *en* Jesús y *de* Jesús, oculto, escondido en Él, perdido en el cielo de su corazón. Vivir *de* Jesús, vivir *con* Jesús dándole gloria: tal es la única vida digna de este Nombre y digno preámbulo de la que ha de ser eterna. Pero, para llegar a estas sublimidades, no nos es preciso felizmente volar y encumbrarnos, sino más bien bajar, desaparecer y aniquilarse como Jesús.

Ved cómo, para levantarnos, desciende al seno de María, y de ahí a la cuna pajiza. Baja más todavía: **se aniquila en la cruz**. Baja mucho más todavía: se abate y desaparece. **No conserva ni figura humana en la Hostia**. Ésta es su grandeza. Ésta debe ser la nuestra. Después de toda necesidad, hacerse pequeño: tal es siempre, dentro del orden divino, el primer paso y el último.

Vean qué interesante: “el primer paso: hacerse pequeño”. Practicar esta virtud que distingue al corazón de Cristo. “El último paso que tendremos que dar en la vida espiritual y la vida aquí en la tierra: hacerse pequeño, ser como el corazón de Jesús”.

---

<sup>2</sup> CRAWLEY-BOEVEY, M. (1952). *Jesús, Rey de Amor*: La espiritualidad del Sagrado Corazón. Biblioteca de autores cristianos.

¡Ay! —se queja el padre— ¡somos tan grandes!, demasiado grandes para ser santos. Grande y santo son términos que se rechazan. Es de toda necesidad ser pequeño para ser santo y, más aún, es indispensable ser muy pequeño para ser muy santo. La grandeza divina, la única grandeza, es siempre un empequeñecerse y desaparecer.

Más claro es imposible decirlo. Tenemos que ser humildes. Necesitamos de esta virtud tan particular.

Santa Margarita María de Alacoque, la vidente del Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, tiene también textos sobre esta virtud tan particular. En un momento concreto, ella dejaba un desafío de cosas que iban a ser hechas en su comunidad, y dentro de ese desafío ella englobaba la virtud de la humildad.

Escribía así:

Dedicaos pues, a una generosa humildad que no os desaliente a la vista de vuestros defectos e imperfecciones.

Porque el verdaderamente humilde no se desalienta. Sabe que es barro y, si es barro, ¿se va a sorprender del barro? Es una locura.

Continúa la santa:

Antes, al contrario, después de haberos humillado, sin reflexionar más, volved a empezar de nuevo a ser fieles, porque al Sagrado Corazón le gusta este modo de obrar, que mantiene el alma en paz.

Teneos por pequeñas y bajas a vuestros ojos, y gozaréis cuando os den pruebas de que se tiene la misma idea de vosotras.

Porque ahí está el gran tema. Si yo me considero grande y aparece otro que me dice: “¡No, parál, no eres tan grande como crees...”, entonces me rompe todos los esquemas, me rompe la vida y me rompe lo que es para mí un motivo de encumbramiento, de honra. Y el golpe es fuerte. Y el golpe duele.

Ahora, si yo me considero pequeño, nada, miserable, barro, entonces, cuando me digan “barro”, cuando me digan “pecador”, cuando me digan “miserable”, no me voy a sorprender, no me voy a poner triste, no me voy a enojar. Va a ser casi una cosa natural: “claro, se dio cuenta ahora, es lo que yo soy”. Dios es solo uno; ¿qué queda para mí?: lo que soy, «nada, más pecado».

### **La humildad como prueba de autenticidad**

El padre Jean Croiset<sup>3</sup>, quien escribió un libro, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús* — que fue, en su momento, leído por santa Margarita María y aprobado por la santa; ella dice: «El Corazón de Jesús está muy alegre con este libro».

En su libro él va a describir algunas virtudes que dice en relación directa a la espiritualidad del Sagrado Corazón con esta devoción.

---

<sup>3</sup> CROISSET, J. (2018). *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús: Medio poderoso y suave para asegurar la salvación*. A.D.A.D.P.

Y él va a decir:

Si queremos confirmar que nuestra devoción a Él es verdadera, tenemos que trabajar en una sincera humildad.

La humildad será la confirmación de la verdad de nuestra devoción.

Va a escribir:

Jesucristo —dice san Agustín— no nos dice: “Aprended a hacer milagros”, sino: «Aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazón», para darnos a entender que sin la humildad no hay verdadera virtud.

Ahí está el gran tema: **sin humildad no hay verdadera virtud.**

“Oh, qué castidad que tiene esta persona”. Como se comentó de un convento de religiosas hace siglos: «Puras como ángeles, soberbias como demonios».

“Oh, cuánta inteligencia, cuánta aplicación a su trabajo”. Pero, si es por orgullo, ¿de qué vale? Está trabajando para nada. Está construyendo sobre arena. Solamente el que es verdaderamente humilde construye sobre roca firme y eleva rascacielos.

Continúa el padre Jean Croiset:

Verdad es que se ha persuadido lo bastante la necesidad de esta virtud; pero la dificultad está en saber en qué consiste esta verdadera humildad.

Y aquí es bien llamativo, porque él entra en cosas muy concretas: ¿en qué consiste la verdadera humildad?

Muchos piensan ser verdaderamente humildes después que sienten bajamente de sí, **pero se engañan si no gustan de que los otros sientan así de ellos.**

Porque esa es la realidad. “¡Ay, qué pecador que soy!” Pero otro me dice “pecador” y me enoja. Entonces no soy realmente humilde. No estoy convencido de esa verdad.

No basta para ser verdaderamente humildes reconocer que no tenemos ninguna virtud ni mérito; es menester también creerlo y no disgustarse de que los otros lo crean.

El primer paso que se debe dar para conseguir esta virtud es pedirle a Dios con insistencia.

Y aquí ya tenemos un programa:

Primero: pedir a Dios humildad, abajarse en su presencia, humillarse y pedirle:

“Señor, que me dé cuenta qué soy, quién soy, lo que hago; que lo reconozca, que lo acepte y que acepte que los otros me conozcan así”.

Continúa el Padre:

La memoria de lo que hemos sido, y el considerar lo que podríamos ser, sirve mucho para humillarnos.

Ver hacia atrás los pecados; ver nuestro presente y nuestro futuro. ¡Cómo podría ser muy diferente si fuésemos santos!

Ejemplo concreto: dependiendo de la edad que tengas, pero vamos a suponer —me coloco a mí mismo como ejemplo— una persona ya de treinta y nueve años y no soy santo.

¿Cuántos fueron santos con menos? ¿Cuántos fueron santos con poquísimos años? Ese es el camino de la humildad: pedirlo a Dios.

Los que son sólidamente virtuosos piensan poco en los otros y no se ocupan sino en mirar sus imperfecciones. Y las personas verdaderamente humildes de nada se escandalizan, porque les es perfectamente notoria su flaqueza. Se ven a sí mismas tan cerca del precipicio y temen tanto la caída, que no se espantan de que los otros caigan.

Parece fariseísmo a veces: «Ah... mirá lo que hizo este; mirá lo que hizo aquél...». Y hablamos de los otros y juzgamos la vida de los otros. Pero ¿cómo nos vamos a sorprender de lo que se espera? ¿Qué se espera de un pecador sino pecado? El milagro es mantenerse en pie; y es un milagro por el cual hay que dar gracias todos los días.

### **Las señales de la humildad sincera**

Los discursos afectados con que procuramos hacer creer que nos estimamos en poco son, las más de las veces, un medio con que buscamos nuestra propia estimación: el que nos alaben y nos tengan por buenos.

Cuántas personas que dicen: “Padre, yo soy muy humilde”. Y uno tiene el deseo de decirle: “Sí, se nota...”.

Las señales más ciertas de una sincera humildad pueden ser:

- Amar singularmente a los que nos desprecian.
- No evitar ninguna humillación de aquellas que se nos ofrecen.
- No complacernos con los pensamientos vanos y con las vanas ideas del porvenir, lo que no sirve sino para crear en nosotros una soberbia secreta.
- No hablar nunca de nosotros mismos con estima.
- No quejarnos jamás de todo lo que Dios permita que nos suceda, ni querer que otros se compadezcan de nosotros.
- Disimular las faltas del prójimo —qué difícil— y no turbarnos con nuestras propias caídas.
- Preferir en todo a los demás.
- No emprender jamás cosa alguna sino con desconfianza de nosotros mismos.
- Estimar en poco todo lo que hacemos.
- En fin, orar mucho y hablar poco.

Son muchas las cosas que mencioné. Tengo conciencia de que, si alguien quisiese tomar nota, va a tener que parar, escuchar, anotar y continuar, pero son manifestaciones de la verdadera humildad: ponerse en el lugar que a uno le corresponde, aceptar ese lugar y aceptar que los otros nos coloquen en ese lugar.

Una manifestación de lo que es la verdadera humildad la podemos encontrar —y lo tiene también el padre Royo Marín<sup>4</sup> en su *Teología de la perfección cristiana*— en los diferentes grados de humildad.

Ciertamente, muchos santos han dado divisiones distintas. Yo voy a tomar una aquí, que es la de San Anselmo, para que podamos analizarlos a nosotros mismos y ver cómo estamos en esta virtud que distingue al Corazón de Cristo.

¿Me distingue a mí? ¿Me distingue realmente a mí?

San Anselmo dice<sup>5</sup> —y aquí van los grados—

**Primer grado de humildad:** reconocerse digno del desprecio.

**Segundo:** dolerse de ello.

Decir: “No tendría que ser así, pero soy”.

**Tercero:** confesarlo sencillamente.

Acá va contra la afectación: “¡Sos un pecador!” (...y sí). Y no decir: “¡Ay! soy el más pecador del mundo”, porque eso es la afectación, y muchas veces es una mentira, no lo estoy creyendo. Reconocerlo: confesarlo sencillamente.

**Cuarto:** persuadirlo a los demás.

Y aquí ya son pasos grandes. No solamente yo confieso mi miseria, mi pecado, mi indignidad, mi incapacidad, sino que convenzo a los otros porque yo estoy convencido.

Como cuando les decían a los santos: «Pero sos un súper santo. ¡Cómo me gustaría ser como vos!». «No, no, no. Estás confundido. No me conoces. No sabes mis pecados. Tenéis que ser como Cristo». Ese era el modo de los santos.

**Quinto:** tolerar pacientemente que se lo digan.

Es decir, que los otros me digan lo que yo soy, toda esa miseria que hay en mí. Tolerarlo pacientemente, porque es lo que yo creo en principio.

**Sexto:** tolerar pacientemente ser tratado como vil.

Ya no es simplemente que me digan: “Mirá, sos así”, sino que me traten así.

“Pecador miserable, andáte al último lugar. Ni merecés estar en esta iglesia”. “¿Qué hacés así, haciéndote el piadoso, si todos te conocemos?”. Y la persona tolera pacientemente.

**Séptimo grado:** alegrarse de ello.

Porque ahí está la verdadera humildad: cuando se reconoce, cuando se acepta con paciencia que los otros lo digan y produce alegría.

Pensemos que las bienaventuranzas terminan justamente en eso: alegrarse cuando —y aquí viene lo que para el mundo es negativo—: «Dichosos vosotros cuando seáis

---

<sup>4</sup> ROYO MARÍN, *Teología de la perfección cristiana*, 645.

<sup>5</sup> ANTONIO ROYO MARÍN, *Teología de la perfección cristiana* (Madrid: Biblioteca de autores cristianos, 1994), 641–642, citando a Anselm of Canterbury sobre los grados de humildad.

perseguidos, calumniados y se diga contra vosotros todo tipo de mal». «Alegraos y regocijaos». «Sed humildes», podría traducirse eso.

También es conocida la historia de San Francisco: **¿en qué está la verdadera alegría?**

Y la historia concluye «en llegar al convento al cual estamos yendo, ser tenidos por malhechores, por perversos, ser maltratados y arrojados a la plaza y, con frío, sucios, cansados, tener que dormir ahí». Esa es la verdadera humildad: abajarse. No es exageración lo que se dice. Dios se hizo hombre. Dios se abajó.

Que nosotros seamos devotos del Corazón de Cristo es una realidad que nos habla de un Dios que se anonadó, se hizo nada. Él, que es el Todopoderoso, se hizo nada.

Tenemos que aprender, entonces, humildad de Él. Y el mejor lugar para aprender esa humildad de Él no es otro que la iglesia, adonde hay un Sagrario. Porque en el Santísimo Sacramento está Él: humilísimo, pequeño, frágil Hostia, a merced de cualquiera.

El pecador indigno, sacrílegamente, puede acercarse y recibirlo por un acto de maldad. Y si su ministro, o a quien le corresponde, no frena eso, Él se entrega. Eso es humildad. Abajarse. Aprendamos de Cristo. La fragilidad de la Hostia nos habla de la pequeñez que nosotros tenemos que reconocer que hay en nosotros.

Vamos a la oración. Y trabajemos, y preguntémonos cómo estamos con la virtud de la humildad. ¿Reflejamos al Corazón de Cristo, al Corazón de María, por esta virtud, o estamos reflejando otra cosa? ¿Cristo se vuelve a manifestar al mundo por mi humildad? ¿o estoy aportando al ocultamiento del Señor por mi soberbia?

Pidamos insistentemente a los Corazones de Jesús y María, esa humildad que todos tanto necesitamos.